

Almorzamos en el *restaurant*: nos invadió la modorra, porque el sol era tremendo, y esperamos para regresar, las cuatro de la tarde.

—Vd. se ha fastidiado, me decía mi amigo; apenas hemos oído la música, y aquel coro destemplado no debe haber divertido á vd. mucho.

—Yo no sé, tal vez el estado de mi espíritu; pero la gente me ha parecido triste, no se comunican unos grupos con otros, casi no hablan, ni los amantes, que siempre tienen algo que decirse. . . .

La tarde era magnífica. Algunas parejas aisladas habían tomado sus botes, y se veían á distancia bogando en el mar.

El caballero alquila el bote, se quita la levita y empuña sus remos; la dama, esbelta, audaz y generalmente enamorada, se sienta en la popa sombreándose con su paraguas, y así se entregan al desierto de las aguas. . . . Esos paseos me parecieron llenos de encantadora poesía.

—No crea vd., continuaba B***, que no se conformaba con mi tristeza, que todos los *Pick-nicks* son así. Muchos los forman familias, de las que cada una da un platillo para la mesa. En los *Pick-nicks* de franceses reina la alegría, no cesan las canciones, y los bailes tienen animación, á la luz de la luna que ilumina el mar. . . .

Aburrido de no entender palabra ni conocer á nadie, me senté en un rincón y consagré, en mi cartera, los recuerdos de mi expedición á *Rockway*, del modo siguiente:

ROMANCE.

Banderas de mil colores
Asidas á sus cordeles,
Van saludando los mares
Y se van meciendo alegres
Sobre del bajel de fuego
Que tiene color de nieve,
Donde del canto los ecos
Van en el viento á perderse.
Como inundación invade
El barco todo la gente,
Y del fondo á la cubierta,
Sube, baja, corre, hierve.
Lindas matronas en brazos
Llevan á sus lindos *nenes*,
Y á otros los dejan que sueltos
Sobre las alfombras jueguen.
En el salón está el piano,
Y en su torno, hermosas vense,
Entre gigantes estatuas
Y en espejos relucientes,
Mujeres como deidades,
Hombres que en bolsas y pliegues,
Si no huelen á tabaco,
Es porque á *whiskey* trascienden.
Ellos con holgados trages,
Ellas con sus trages leves;
Pero en número tan grande,
Que arrebatarse parecen
El aire, cuando se escurre
De carne entre las paredes.

Cruzan el concurso inmenso
 Mil traficantes que venden
 Unos, *estroberys* (fresas),
 Los otros bizcochos (*queques*),
 Otros *candis* (charamuscas)
 Y otros cerveza con nieve.
 Esto es *bar-room* ambulante,
 Refrigerio de las *ladies*,
 Porque abajo, en las cantinas,
 Barriles desaparecen,
 En esos tubos inmensos
 Que de cuello el nombre tienen
 De *yankee*, donde licores
 A borbotones se absuerben;
 Pero en medio del tumulto,
 Cuando los cantos no hienden
 Los aires, ¡qué silenciosas
 Y qué tristes van las gentes!
 Ellas hacen sus negocios
 Y ellos comen y se duermen,
 O ellos y ellas el *Heraldo*
 Casi de memoria aprenden.
 Ni un semblante, ni un acento
 Mi triste pecho conmueve:
 ¡A dónde dejaré el alma
 Que mis recuerdos no lleve?
 Inquieto al venir estuve....
 Inquieto estoy por volverme....
 ¡Ay de mí! que á todas partes
 La inquietud me sigue siempre!

FIDEL.

Julio 15 de 1877.—A bordo del "Plimouth,"
 bahía de Nueva-York.

Antes de escribir los últimos versos del anterior romance, estaba llamándome B*** para que saliese á ver la multitud de vapores, embarcaciones pequeñas y botes que iban cruzando las aguas por donde nosotros bogábamos.

El espectáculo era animadísimo: pescadores, simples pa-seantes, muchachos audaces, marineros en asueto, familias pobres con sus chicuelos al borde del bote, ó haciendo saltar las aguas en leves glóbulos, poniendo su mano contra la corriente.

A nuestra vista, los remeros levantaban sus remos en señal de respeto; los pañuelos y los sombreros se agitaban, unos chicos enarbolaban sus camisas, y nos saludaban sus mangas desgobernadas....

Anclamos en Brockyn, tomamos por ese laberinto de callejones que miran al Este, culebrean, se embrollan y parecen extenderse cerca de *City Hall*; pero saltan por su espalda, se enmarañan y complican, desembocando al fin á Broadway, que atraviesan como en fuga para perderse por el laberinto del Weste. La mayor parte de esas calles son como hechas en máquina: todas, las mismas paredes de ladrillo, las mismas hileras de ventanas con sus persianas verdes. Y la parte baja, tendajos, casas de empeño y *groceries*, entre almacenes, fábricas y templos.

Las Tumbas, esa prision pavorosa, con sus gruesos pilares, cuadrada, maciza, como sentada tras de sus hierros, y á medio cubrir con el manto de yerba que cuelga como desgarrado á su espalda.

En un salon colocado inmediatamente á la derecha de la entrada, es donde há lugar el primer exámen de los que caen bajo la accion de la justicia. Llámase "Tombs Police

Court," ó "Juzgado de Policía de las Tumbas," y allí toma asiento todas las mañanas un Juez de Distrito que escucha los cargos que presenta la policía contra los arrestados y dispone de la suerte ulterior de éstos. En los casos de menor cuantía, tales como embriaguez, conducta desordenada ó vagancia, aquel magistrado tiene la facultad de imponer multa, sumaria ó prision, ó perdonar la falta.

Las órdenes de encarcelamiento son para el juicio ulterior del reo, por uno de los varios tribunales superiores; pero el único de éstos que administra justicia en las Tumbas, es el Tribunal de Sesiones especiales, ó "Court of Special Sessions." Dos jueces presiden este tribunal, los mártes, juéves y sábados de cada semana, para resolver sobre los delitos de pequeños robos, asaltos y atropellos personales, y otros menores. El conocimiento que dichos jueces tienen de las clases y hasta de los individuos, la mayor parte reincidentes, cuyos desmanes tienen que castigar, les permite apreciar los distintos casos imparcialmente y aplicar el condigno castigo, y si las influencias políticas no se emplearan algunas veces en torcer el curso de la Justicia, esos jueces llegarían á ser el terror de los malvados, purgando en gran manera á la sociedad de los muchos que la infestan, confiados en la impunidad que dicha influencia política les ofrece. Muchos de esos criminales salen de este tribunal para ir á ocupar las celdas ó calabozos; pero la mayor parte de éstos recibe sus huéspedes del Tribunal de Sesiones generales y demás tribunales superiores. La distribución y arreglo del interior de las Tumbas, en la parte carcelaria, se diferencian poco de los demás establecimientos de su clase, carecen de comodidades y tienen poca ventilación.

La aglomeración de presos, no solo perjudica la higiene sino que en lo moral tiene pésima influencia.

Hay once calabozos especiales destinados á los reos de prision perpétua ó pena de muerte. Otros seis calabozos se dedican para compurgar delitos de cierta gravedad, y los seis restantes sirven como de hospital.

En la parte superior hay ochenta y dos celdas. Cada preso cuesta al condado treinta centavos próximamente por su manutención.

El patio interior que rodea los calabozos, es el lugar en que se aplica la última pena, y aun cuando nada denota el destino que de vez en cuando está llamado á ejercer, la lóbreguez que lo domina, las barras de hierro que cierran los estrechos huecos por donde apenas penetran el aire y la luz en los calabozos, al parecer incrustados en las sólidas murellas de piedra gris, y las ideas que naturalmente surgen en la mente del que la curiosidad lleva á aquel sitio, le imprimen un sentimiento involuntario de terror, cada vez que el eco se despierta en aquel lúgubre recinto, al ruido de los pasos.

Las calles angostas y torcidas, la soledad, la suciedad y la basura, dan triste aspecto á esas calles que rodean las Tumbas, que parecen de una ciudad en que residen el hambre y la peste.

La vejez de la mayor parte de estos edificios es espantosa; las falsificaciones de piedra que hacen tan buen efecto cuando las casas están nuevas, se ponen en evidencia: es la costra, es la llaga, es la hérpes en las escaleras, el tumor en las cornisas, el mal de San Lázaro en las puertas y ventanas

Por allí resulta reja de palo la que se creía pared; más

arriba la torre es el costillar de un esqueleto; cuelgan las duelas al suelo; las puertas, las celosías, aparecen como sobrepuestas, como si se quisieran reacomodar sobre un cráneo facciones de otro rostro humano.

Al abrirse un cimientó, se forma ante todo un estanque en seco, que es el *basamento*; después se levanta un cono de ladrillo; esa es la cloaca y lo único que sobrevive entre aquella osamenta de astillas, ladrillos rotos, chirlos de papel dorado, pero de un oro sarcástico, terrible, como es terrible un rizo rubio y sedoso flotando sobre un cráneo.

A veces una puerta corrediza da paso á un callejón, después á un corral coronado de esas habitaciones en alto, habitadas por grupos, por residuos, por palizadas de gente, por transformaciones de alacranes, mestizos, sapos y tortugas, que sin perder del todo su forma, pertenecen á la humanidad.

La decadencia del sombrero, la caducidad de la seda, la petrificación del zapato y la trasmutación de la piel humana en pellejo, en badana, en corteza y en cuarzo. Yo no he visto nada de más tremendamente hediondo ni espantable que hombres, y mujeres, y cosas, como las que yo percibí en aquella madriguera de la embriaguez y de la calentura perniciosas.

Comí de prisa, porque me esperaban mis amigos Jacinto Gutierrez y Perez Bonald, para tomar un refresco en el Café Delmónico.

Permítanme mis lectores que les presente á mis amigos, y descansaremos después en el café.

Es el Sr. D. Jacinto Gutierrez y Coll un hombre de cerca de cuarenta años, pequeño de cuerpo, de color moreno, profusa barba y ojos negros y grandes llenos de vida; nació en Venezuela, donde hizo brillantes estudios, completó su educación en París, donde estuvo como secretario de la legación de su país, encargado de negocios, y desempeña actualmente en Nueva-York el Consulado general de Guatemala.

El Sr. Gutierrez es notable poeta: nutrido en la escuela francesa, debe á ella sus bellezas y sus defectos; es correctísimo, pule con amor sus frases y las redondea con delicadeza exquisita, engastando en ellas joyas de valía, hasta ser como una filigrana, cuajada de piedras preciosas, cada una de sus composiciones.

La patria, los íntimos dolores del alma, el amor, forman las cuerdas más preciosas de su lira.

Habla con pasión; de su entendimiento concentrado se lanzan relámpagos de fogosa elocuencia por intervalos; y á la claridad de esos relámpagos, se percibe la lucha del poeta con el filósofo y el escéptico.

El Sr. Perez Bonald es un hombre de treinta y cinco años, venezolano también, alto, blanco, de frente despejada, insinuante y afable.

El Sr. Bonald está dedicado al comercio, sus ocios los entrega á la literatura y cultiva con muy buen éxito la poesía.

Posee varios idiomas, y entre ellos el alemán, con notable perfección. La dote más sobresaliente de su alma, es la admiración por el ajeno mérito. Exento de toda pretensión, ignorante con sinceridad de su elevado mérito, hizo culto de su cariño á Heim, y el gran poeta ha tenido un intérprete fiel de sus inspiraciones singulares.

La traducción de las poesías del Voltaire alemán, hechas por el Sr. Perez Bonald, acaba de ver la luz pública en Nueva-York, en medio de los entusiastas elogios de la prensa.

El Café Delmónico, uno de los más espléndidos de esta ciudad de esplendores, está situado en la Quinta Avenida y consta de tres secciones.

El gran *Salon del Restaurant*, con sus pequeñas mesas, sus alfombras, sus espejos, sus torrentes de luz de gas y su tapicería deslumbradora.

Los gabinetes reservados ó retretes en que se aísla una pareja de amigos ó una familia, verdaderos nidos del placer y del bienestar, y el café, vastísimo salon lleno de columnas y sembrado de pequeñas mesas, á la usanza de México, con su gran cantina surtida de licores delicados, refrescos, café y chocolate, que aquí se acostumbra aguado, sin dulce y tomado con cuchara.

El servicio no deja que desear: los criados visten con perfecta elegancia, presentan sus cuentas escritas en un platillo de plata. En el café se fuma libremente.

Instalámonos en una mesilla del café: el Sr. Gutierrez me habia leído sus versos, que yo habia admirado; el Sr. Bonald me habia obsequiado con un tomito de su preciosa traducción. Nuestra cita era para que yo les leyese algunas de mis coplas; y no obstante haber hecho pocas y la mayor parte improvisadas, con lápiz, en la cartera, sobre la rodilla, la instancia fué tal, que rayaba en descortesía mi resistencia.

Pedimos refresco: saqué mi carterita y un rollo de manuscritos, y hémos ahí delirando, soñando, iniciando á aquella familia tierna y entusiasta que me deparaba el destino, en mis más íntimos dolores....

Olvidé el café y las conveniencias todas; leía como si no tuviera auditorio; leía como quien tiene la conciencia de que por primera vez se le comprende. Era la lectura cansada; pero yo seguía, sin considerar que del mismo Homero habrían fastidiado dos horas de versos.... Pero ya los literatos y los conocidos no existían; eran los confidentes; eran los amigos; era el viejo marino que contaba sus naufragios á los que solo conocían del mar los esplendores y las brisas.

Insensiblemente nos veíamos el espíritu: la patria inspiraba; la raza reclamaba sus fueros; las auras de los primeros años replegaban el ala, para besar nuestras frentes enamoradas con el canto de nuestros recuerdos.

El café habia quedado medio solitario cuando acabé de leer, en medio de testimonios de generosa estimación, que nunca olvidaré.